

Julián Díez Torres

Sobre *Decolonizing Native Histories: Collaboration, Knowledge, and Language in the Americas*

de Florencia E. Mallon (ed.)

University of North Carolina at Chapel Hill

jdiez@email.unc.edu

Basado en una conferencia celebrada en 2005, *Decolonizing Native Histories* propone nuevas y diversas fórmulas de investigación para combatir los discursos sobre lo indígena heredados del periodo colonial. Algunos trabajos parten de planteamientos de la antropología crítica norteamericana, otros se basan en las teorías pos y decoloniales, otros en el activismo indígena, y otros en los *Native American Studies*. Todas estas perspectivas/tradiciones se integran en la línea editorial de la colección *Narrating Native Histories*, dedicada a reubicar el estudio de las culturas indígenas dentro de nuevos marcos éticos, metodológicos y conceptuales formulados desde perspectivas interdisciplinarias y transnacionales.

La mayor originalidad de *Decolonizing Native Histories* reside, probablemente, en su dimensión panorámica, planteada explícitamente en la introducción general, en los preámbulos a las secciones y en la conclusión final, escritas por la historiadora Florencia Mallon, editora del volumen. Este enfoque se manifiesta asimismo en la disposición de los capítulos en tres partes según estos tres ejes temáticos: soberanía jurídica, colaboraciones transculturales y heterogeneidad interna. Pese a que esta estructura panorámica da pie a la comparación de los diferentes capítulos por parte del lector, los siete estudios que componen el libro se centran en temas concretos, sin apenas establecer comparaciones ni especulaciones sobre lugares ajenos a los estudiados en cada capítulo. Esta combinación de perspectivas macro y micro demuestra la

utilidad de tener en cuenta la existencia de procesos globales y locales relacionados con lo indígena. La especificidad de cada caso de estudio dentro de una problemática común también se pone de manifiesto a través de la preeminencia de las explicaciones de tipo histórico-político frente a categorías sistemáticas, tales como la cosmovisión, la visión del mundo o el ritual. Estas ideas no son rechazadas totalmente pero pasan a un segundo plano.

La primera parte del libro, “Land, Sovereignty, and Self-Determination”, incluye los trabajos de los antropólogos Kehaulani Kauanui y Riet Delsing sobre la disputa histórica de la soberanía indígena en Hawaii y la isla de Pascua o Rapa Nui. Por una parte, ambos territorios fueron colonizados en la última década del siglo XIX por dos potencias americanas ascendentes que se autoconcebían como países de legado europeo. Tanto los EE.UU. como Chile usaron tácticas semejantes para apropiarse de estos territorios, pero posteriormente la emigración estadounidense al archipiélago del Pacífico contrastaría con la política aislacionista del gobierno chileno con respecto a la isla de Pascua. Por otro lado, en esta última década se han desarrollado en ambos territorios movimientos autonomistas relacionados con el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas por las Naciones Unidas, si bien en el caso de la isla de Pascua este proceso es mucho menos conocido. Las autoridades norteamericanas y chilenas han tratado de canalizar las demandas de autonomía indígena a través de discursos multiculturalistas, pero no han reconocido a estas comunidades el derecho a decidir su futuro por sí mismas. El trabajo de Delsing se centra en dar a conocer de forma sintética la historia de las relaciones entre Chile y la isla de Pascua, mientras que el capítulo de Kauanui está dedicado a la dimensión jurídica de las disputas entre el gobierno estadounidense y los autonomistas hawaianos. La lectura conjunta de estos dos trabajos tan diferentes y al mismo tiempo tan relacionados lleva a preguntarse por las características del tráfico de paradigmas colonialistas entre el norte y el sur de América.

La segunda parte, “Indigenous Writing and Experiences with Collaboration”, está dedicada a tres iniciativas colaborativas desarrolladas por indígenas e investigadores del ámbito académico externo a las comunidades indígenas en Bolivia, Chiapas y Colombia. Los tres trabajos están redactados a modo de informes basados en la experiencia personal de los colaboradores externos.

El ecuatoriano Fernando Garcés analiza la historia del periódico boliviano bilingüe en quechua y español *Conosur Ñawpagman*. Garcés analiza en detalle la historia del periódico, los criterios editoriales, la elección de temas y la pervivencia en la prensa de ideas cosmológicas como la de *Quecha yachay* (“collective knowledge produced and reproduced orally by Quechua-speaking communities”, 86). Por su parte, los antropólogos Jan y Diane Rus resumen su larga labor de publicación de textos en lengua maya tzotzil en Chiapas desde los años setenta, cuando apenas había espacios de escritura en lenguas maya, hasta la actualidad, cuando existen medios de comunicación y publicaciones académicas en dichas lenguas. Este trabajo subraya el impacto del proceso neoliberal en los años ochenta y noventa, que desencadenó la transformación de los modos de vida y las reivindicaciones de las comunidades indígenas, y que llevó a un aumento de la violencia política.

El capítulo de la antropóloga norteamericana Joanne Rappaport y el activista colombiano Abelardo Ramos Pacho merece una mención especial debido a su peso teórico. El trabajo revisa la experiencia colaboradora de ambos autores en el estudio del Consejo Regional Indígena del Cauca y del Programa de Educación Bilingüe e Intercultural desde los años noventa. A la vez que repasan su experiencia, los autores proponen una profunda reflexión sobre la metodología empleada para entender y explicar la teorización indigenista desde una perspectiva intercultural (“the nature of theorizing within the indigenous movement, analyzing it from an intercultural perspective”, 128). A través de una creativa disposición del texto en forma de diálogo, Rappaport y Ramos ponen de relieve las problemáticas surgidas en este tipo de trabajos colaborativos no solo a raíz del contacto entre cosmovisiones occidentales e indígenas sino, especialmente, entre el activismo político y la labor académica.

La tercera sección, “Generations of Indigenous Activism and Internal Debates”, la componen dos ensayos escritos por Brian Klopotek y Edgar Esquit, dos intelectuales indígenas que analizan respectivamente el racismo en las comunidades indígenas de Luisiana y los usos políticos del indigenismo maya en Guatemala. Basándose en su investigación doctoral, Klopotek analiza el sentimiento antiafricano (el racismo) de las comunidades indígenas de Louisiana,

surgido históricamente como consecuencia de la posición hegemónica del imaginario de la supremacía blanca en los EE.UU. Klopetek explica cómo él mismo en su trabajo doctoral intentó compaginar los requerimientos científicos con el interés en que las comunidades aceptaran su estudio, pero esto resultó difícil debido al tabú que rodea el tema racial en dichas comunidades. Por su parte, Esquit hace un balance histórico de la reivindicación del pasado maya como símbolo de identidad para comunidades modernas actuales desde los inicios de este movimiento como reivindicación minoritaria hasta su transformación en una especie de nueva historia oficial guatemalteca. Partiendo de la pregunta “¿quién habla en nombre de nuestros ancestros?” (203), Esquit cuestiona hasta qué punto el “mito de una nación multicultural” (213) ha contribuido a la eliminación de las desigualdades sociales y de la marginalidad en la que vive gran parte de la población indígena de su país. De este modo, las contribuciones de Klopetek y Esquit contribuyen a liberar los movimientos indígenas de concepciones reduccionistas y muestran cómo estos movimientos operan dentro de contextos más amplios en los Estados-nación.

Estos siete trabajos ofrecen una pluralidad de modelos para estudiar las comunidades indígenas desde perspectivas descolonizadoras. Sin embargo, son muchos los temas que se quedan sin tocar y que deberán ser estudiados en el futuro. No se incluyen estudios sobre Brasil, el Cono Sur, Perú, Canadá o las comunidades indígenas de México de etnicidad no maya, ni tampoco estudios sobre la cuestión del género. Además, resulta escasa la presencia de voces académicas surgidas en Latinoamérica o en otras partes del mundo externas a los EE.UU. Mallon probablemente tiene razón cuando dice que esto se debe en parte a que la academia latinoamericana ha sido más relictante a la integración de intelectuales indígenas que la norteamericana, pero también reconoce, siguiendo a Garcés, que en Latinoamérica la cuestión indígena ha sido más teorizada dentro de la tradición marxista (la idea del campesinado). Podría añadirse a todo ello la tradición del mestizaje, más propia de Latinoamérica que de EE.UU., así como las diferentes culturas políticas y las problemáticas internas de cada estado-nación. En cualquier caso, parece necesaria una reflexión sobre cómo la academia latinoamericana puede aportar algo a los estudios indígenas sin tener que adoptar necesariamente modelos *made in USA*.

En resumen, *Decolonizing Native Histories* propone el abandono de la verticalidad en la relación entre el antropólogo y su objeto de estudio, así como la reorganización de los estudios indígenas a escala continental y con un carácter político, rompiendo así con la visión de las culturas como entes aislados y con la distinción entre latinoamericanistas y especialistas en los EE.UU. El libro interesará tanto a investigadores de comunidades indígenas como a aquellos que deseen conocer el estado actual del debate sobre lo indígena a nivel internacional. Asimismo, la multiplicidad de casos de estudio y perspectivas metodológicas, junto a un marco teórico bien definido, harán de este volumen una lectura accesible y útil para un público interdisciplinario.

Mallon, Florencia E., ed. *Decolonizing Native Histories: Collaboration, Knowledge, and Language in the Americas*. Durham: Duke University Press, 2012. 262 pp.